

Pero en honor de la verdad, por más que le preocupasen mucho sus ideas, vivía más Colon de sus sentimientos.

Beatriz era un ángel.

La vida á su lado era un eden, y las privaciones que pasaba, la modestia con que vivía, porque necesitaba ocultar á los ojos del mundo sus desventuras, y porque al mismo tiempo un sentimiento de dignidad le impedía aceptar las dádivas de Beatriz, eran para él gustosas, porque hacían que su felicidad fuera mayor.

Ebrio de amor, considerándose el más feliz de los mortales, ni se preocupaba del porvenir, ni siquiera recordaba el pasado.

Beatriz era toda su vida.

Cuando estaba en su presencia, cuando veía en sus miradas el amor que sentía, ¡oh! entonces no era el más dichoso de los hombres, sino la misma dicha.

Algun tiempo despues le reveló Beatriz un secreto que á un mismo tiempo le hizo sufrir y le hizo gozar en extremo.

—Dios ha bendecido nuestra union,—le dijo;—voy á ser madre.

Su dicha era inmensa; pero el temor de que por aquella circunstancia podría ser descubierto su amor, amenguaba su felicidad.

—Demos gracias á Dios,—dijo Colon, estrechando su mano,—y respetemos su voluntad.

Instintivamente se arrodillaron los dos y elevaron al cielo sus plegarias.

Capítulo XXVI.

Sacrificio de Rebeca.

Habia llegado un momento en el que Beatriz tenía que alejarse de la corte para no verse obligada á revelar lo que con tanto empeño habia ocultado á todo el mundo.

En medio de la desesperacion y de la alegría que luchaban en su alma, habia pasado por su imaginacion una idea terrible; pero la habia rechazado.

La mujer se humillaba ante la madre.

La que por nada del mundo hubiera sucumbido á declarar su estado por amor á un hombre, estaba dispuesta á humillarse por el amor de su hijo.

La excitacion en que vivía abatió sus fuerzas y cayó enferma.

El médico, á quien pudo ocultar la situación en que se hallaba, la aconsejó para restablecerse que viviera en el campo.

No deseaba otra cosa Beatriz.

Colon aceptó el sacrificio.

Beatriz partió á Baeza, su esposo quedó en Córdoba; Rebeca que sufría mucho, no pudo acompañar á su ama.

Estaba muy enferma, y se quedó con su padre al cuidado de la casa.

La causa de su enfermedad fácilmente la adivinan nuestros lectores.

El sacrificio que había hecho era inmenso.

No conocía lo bastante á Martin Carrasco para comprender cuán indigno era de su cariño.

Le veía bajo el prisma del primer amor, tal como se había presentado á sus ojos en la primavera de su vida, y sabía que había sido juzgado, y que de un momento á otro debería dictarse contra él sentencia de muerte.

No tardó en efecto en ser condenado.

Pero como era un bizarro militar, como había servido á las órdenes de los más ilustres capitanes de aquel tiempo, todos intercedieron por él, y lo más que consiguieron fué que se aplazase su castigo.

Con esto se aumentaba el tormento de Rebeca, porque en situaciones como las en que ella se encontraba, la duda es más terrible mil veces que la realidad.

Llegó á tal estado la infeliz, que Colon y su padre, que no la abandonaban, llegaron á temer por su vida.

Colon no tardó en conocer su secreto.

El era la causa de su mal, y sin embargo, la infeliz bendecía su suerte por haber podido mostrar su gratitud al hombre que había salvado la existencia de su padre.

No queriendo entristecer al autor de sus días, sólo cuando se hallaba á solas con Colon le preguntaba por el estado en que se hallaba la causa de Martin Carrasco.

Colon le ocultaba la verdad para no aumentar su aflicción.

Llegó el momento en que Martin Carrasco fué condenado á muerte.

La sentencia debía ejecutarse algunos días después, é Isaac, que había descubierto el secreto de su hija, por más que ella se lo había ocultado, fué á ver á Colon y le dijo lo que pasaba.

Las únicas esperanzas del angustiado padre, consistían en que la reina indultase al reo, y para inclinarla á su favor no contaba más que con la influencia de doña Beatriz.

Pero esta no podía hacer nada en su obsequio.

Escondida de las miradas de todo el mundo, aguardaba con ansia y con temor el momento que para ella debía ser, al mismo tiempo que el más dichoso de su vida, el más amargo.

Era, pues, imposible contar con el influjo de Beatriz.

Pero Colon poseia toda la confianza del prior de los mercenarios, y fué á verle para ver si por su mediacion se conseguia algo.

Isaac aguardaba con impaciencia su regreso.

Cuando llegó Colon su hija parecia dormida.

—¿Qué nuevas me traeis?—dijo el anciano, impulsado por su febril ansiedad.

Colon le hizo una seña, dándole á entender que no podia hablar delante de Rebeca.

—¡Oh! No temais,—añadió Isaac,—duerme.

—¿Estais seguro?

—Sí, ahora descansa.

Colon se acercó al lecho de la pobre niña, y vió en efecto que estaban cerrados sus ojos y que su acompasada respiracion demostraba que dormia.

—¿Qué habeis logrado?

—Poner de nuestra parte al prior de los mercenarios, pero nada más. Muchos de los prelados que tienen influencia con los reyes estiman sus nobles prendas, su elevado carácter, su profunda sabiduría. Si los interesa en nuestro favor, tal vez podremos librar de la muerte á ese desgraciado.

—Creo que será tarde. El reo vá á ser puesto en capilla. La que vá á ser sentenciada es mi pobre Rebeca,—exclamó Isaac con el acento de la más profunda tristeza.

Una voz que heló la sangre en sus venas llegó á su oido.

—¡Padre, padre!—dijo Rebeca.

—¡Callad!—añadió Isaac.—¿Si os habrá oido?

—¿He dormido?—continuó la jóven.

—Si, hija mia, sí. ¿Acaso te hemos despertado con nuestra conversacion?

—No; no he oido nada.

Isaac respiró.

—¿Quién está con vos?

—Nuestro buen amigo.

—¡Ah! ¡Vos, señor Colon! ¡Cuán bueno sois!

—¡Infeliz!—dijo Colon contemplándola con amargura.

Hubo una breve pausa.

—Padre, quiero pedir os un favor,—dijo Rebeca.

—¿Cuál, hija mia?

—Id á ver á Ali-Afan el renegado; posee un elixir que cura las fiebres, y os lo venderá si quereis hacer un sacrificio por vuestra hija.

—Todo cuanto poseo en el mundo me parecia poco si en cambio recuperaras la salud.

—Pues sí; id en seguida y no tardeis.

—¿Cómo dejarte sola?

—Nuestro buen amigo el señor Colon se quedará á mi lado: ¿no es verdad?

—Si, Rebeca; sí; si la gratitud no me inspirase el deseo de vuestro bien, las nobles prendas de vuestra alma bastarian á interesarme en vuestro favor.

—Isaac se apresuró á complacer á su hija.

Cuando quedaron solos Colon y ella:

—Todo lo he oido,—dijo de pronto la jóven.

—¿Qué decís?

—Todo, absolutamente todo; no trateis de ocultármelo.

—Pero ¿qué habeis oído?

—Que Martin Carrasco está condenado á muerte.

—¡Infeliz!

—No, no temais; tengo un proyecto.

—¡Vos!

—Sí; Dios me dá fuerza, me hallo completamente bien. ¿No es verdad que me ayudareis?

—¿Qué es lo que intentais, desventurada?

—Salvarle.

—¡Vos!

—Yo, sí; Dios me ha dado una inspiracion; pero necesito vuestro auxilio. ¡Por Dios, no me lo negueis, porque entonces me mataríais!

—Rebeca corrió el cortinaje de su lecho, y algunos segundos despues apareció completamente vestida.

—¿Vos conoceis al prior de los mercenarios?

—Yo, sí.

—No ignorais que conozco todos vuestros secretos.

—Bien; ¿qué es lo que pretendéis?

—Necesito á toda costa, pronto, muy pronto, un hábito de su orden.

—Pero Rebeca...

—Es la súplica de una moribunda.

Colon comprendió el pensamiento de la jóven.

—Quiero salvarle, lo oís, quiero salvarle, y sólo

hay ese medio. Va á ser puesto en capilla, y ya veis que tengo valor para soportar esta desgracia. Sólo los frailes pueden llegar á verle: oculta bajo ese hábito entraré en la capilla, le pediré por mi amor que huya disfrazado con mi traje, y se salvará. ¡Oh! Sí; se salvará: me lo dice mi corazon.

La empresa era arriesgada, y Colon no creía que diera buenos resultados.

Pero Rebeca estaba segura de que triunfaria.

—Y como la fé salva, Colon se decidió á satisfacer aquel deseo, porque si no lograba su objeto al ménos sosteniendo su esperanza, mitigaría su dolor.

Colon salió, y poco despues volvió con el hábito.

Era de noche.

Rebeca se disfrazó con aquel traje.

—Acompañadme,—dijo á Colon.

Al llegar á la prision estrechó la mano de su amigo, y confundiéndose con algunos otros frailes que entraban á la capilla á exhortar al reo para que elevase su espíritu á Dios, llegó hasta el fúnebre aposento en donde yacia el infeliz Martin Carrasco.

Nadie la estorbó el paso.

Oculta en un rincon oscuro, permaneció largo tiempo, hasta que pudo aprovechar un instante en que Martin Carrasco se quedó solo.

Levantándose la capucha:

—Martin,—le dijo,—no hay tiempo que perder; he venido á salvarte.

—¿Tú, Rebeca?